

Ella se sentía triste. Ya no lloraba, pero lo había hecho toda la noche. Permanecía en la cama a pesar de que eran más de las nueve. Encendió un cigarrillo. Acomodó las sábanas y miró al techo. Todo estaba en silencio. Trató de no pensar en él, pero fue inútil. Era inevitable. Recordó lo felices que habían sido. De cuando él le decía que ella era su mundo. De las noches en las que dejaba que la explorase. Y de aquel día en que le prometió morirle a su lado. Sonrió, mientras daba una pitada. Y ella le había creído. Hubiese creído cualquier cosa que le hubiera dicho. De esa forma lo quería. Escuchó que el camión de la basura se detenía frente a la casa. Eran unos buenos muchachos. Hacían bien su trabajo. A fin de año ella les dejaba algún dinero. Ellos le estrechaban la mano y se iban contentos. Se puso de costado y miró la ventana. Le vino a la memoria la casa. El sueño cumplido. Una casa junto al mar. Un jardín enorme para jugar con sus hijos. El le había dicho que aquella casa era su castillo y ella la princesa raptada. Ella estaba enamorada de él. Volvió a llorar. Buscó el pañuelo bajo la almohada. Intentó oír si los niños se habían despertado. No escuchó nada. ¿Hasta cuándo seguiría así? Había pensado que era normal por un tiempo. Sus amigas también se lo habían dicho. Es por unos meses, hasta que te olvides de ese cretino, le había dicho su madre. Pero ella no lo olvidaba. Se debatía entre el amor y el odio. Se sentía impotente. Ningún sueño es eterno, pensó. Se levantó, le gritó a los niños que era hora de levantarse y fue a preparar el desayuno.

Daniel Toranzo
2º año. Letras
(Continuará)

